

JAVIER CHIABRANDO

Uno, dos,
mil Laisecas



JUAN PABLO BERTAZZA

Las culturas
milenarios
de Laiseca

Página 3

VICENTE BATTISTA

Perdurar
en la
memoria

Página 4



Página 2

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 265 | JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 2016

El camino más alto del delirio

La muerte de Alberto Laiseca nos sirve para reflexionar alrededor de su obra, enmarcada dentro de lo que se denominó, el "realismo delirante".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.aahra.com.ar

INAUGURAN LA MUESTRA DEL PREMIO ALBERTO TRABUCCO EN EL SÍVORI

La muestra "Grabado 2016", con trabajos de los ganadores del Premio Alberto Trabucco, se inauguró en el Museo de Artes Plásticas Eduardo Sívori, ubicado en avenida Infanta Isabel 555, (Caba). Organizada por la Academia Nacional de Bellas Artes, la disciplina elegida por el premio fue el grabado, a partir de la obra de los artistas Martha Belmes, Juan Canavesi, Osvaldo Decastelli, Pablo Delfini, Roberto

Koch, Rafael Gil, Nestor Goyanes, Paula Hacker, Pablo Lehman y Andrea Moccio. Esta edición "confirma la renovada vitalidad actual de esta disciplina tan antigua y polifforme, en la que el creador imprime sus propias huellas de una manera muy especial, haciendo converger y fusionar materiales y técnicas diferentes", asegura Alberto Bellucci, presidente de la Academia Nacional de Bellas Artes (Anba).



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 2016



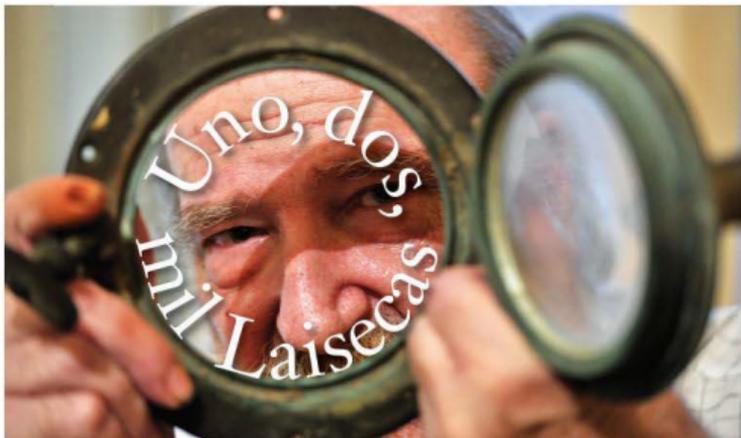
→ JAVIER CHABRANDO

Alberto Laiseca ha sido un escritor con distintas entradas de lectura y de variada imagen en su construcción autoral: desde su aparición mediática, a la escritura de una monumental novela.

¿Cuántos Laiseca hay? Varios, se diría, eso sí, todos tienen cosas en común: escudricios, fascinantes, caprichosos y por momentos geniales.

Tenemos al Laiseca escritor para escritores, el autor de *Los Sarras*, una novela de más de mil trescientas páginas (treinta mil palabras más que el *Ulises*, aseguraba este Laiseca), novela que según dicen es la más extensa de la literatura argentina, y que este Laiseca demoró una década en escribir, luego de tirar varias versiones y recomenzar de cero. Después debió lidiar con editores otra buena cantidad de años, mientras por lo bajo se hablaba de la novela como el secreto mejor guardado del arte argentino contemporáneo. La novela fue editada por Simurg en 1998, en una edición limitada de trescientos cincuenta ejemplares en papel biblia, con dibujos, mapas, láminas y pentagramas originales y una obra de Guillermo Kuitica en tapa.

En edición de serpiente apuntonada por el *Planeta* y el empuje de Fogwill y César Aira,



que hablaban de la obra en cada ocasión posible. Ricardo Piglia escribió el prólogo donde asegura que es la mejor novela que se ha escrito en Argentina desde *Los siete locos*. Agrega Piglia: "Con su mitología de la magia negra y de la paranoia técnica, con sus resonancias wagnerianas y sus creencias ocultistas, *Los Sarras* es un gran libro iniciático, un gran libro sobre la fascinación del conocimiento y los estados de conciencia".

Pero antes estaba el Laiseca hombre, al argentino común, nacido en Rosario en 1941, pero criado en Camilo Aldao, provincia de Córdoba. Dicen sus amigos que en una de sus casas este Laiseca tenía una foto de la plaza del pueblo cordobés, como comprometido a no olvidar. Cuando llegó la hora de hacer la secundaria, viajaba todos los días a Corral de Bustos. En 1966 este Laiseca se instaló en Buenos Aires donde trabajó de lo que pudo, siempre al límite de la supervivencia.

Su primera publicación fue un cuento en el diario *La Opinión* en 1973. Nació el Laiseca escritor, el mismo de los cuentos, el mismo mencionado que leído. No es que no haya sido escritor antes, pero así comienza su obra, que dejará huella y será estudiada un buen tiempo, cuyo primer hito importante sería la novela *Su turno para morir* que editó Corregidor en

1976. Este Laiseca tendría que esperar seis años para ver su segundo libro editado: *Aventuras de un novelista atonal*. Luego llegarían *La hija de Kheops*, *La mujer en la muralla*, *El jardín de las máquinas parlantes*, la desopilante *Las aventuras del profesor Eusebio Filigranati*, *El guano máximo de la vida misma*, y claro, *Los Sarras*. Su obra ronda los veinte libros entre cuentos, novelas, ensayos textos inclassificables.

Por esa obra tenemos al Laiseca inventor o creador, creador del "realismo delirante", subgénero que viene a subvertir los adocenados modelos literarios que se reciben peligrosamente y que seguramente este Laiseca aborrecía. Aunque las palabras "realismo delirante" sean bastante claras, mejor dejar que él las explique: "A mí me interesa muchísimo la realidad (...) Yo no uso paradojas como Wilde sino el delirio, no el delirio patológico sino el creador. También, como la paradoja, para ver a la realidad en la cuerda floja (...) El delirio exagera, magnifica y achica, reduce. Es la fantasía que se transforma en un micros-

copio o en un gran telescopio".

No es todo. Habría también un Laiseca público, casi famoso, pero no por su literatura sino por sus apariciones sistemáticas en televisión, más puntualmente en el canal de cable L-Sat, donde demostraría sus extraordinarias dotes de narrador oral en "Cuentos de terror". Allí, luego de ruidos de puertas que se cerraban y se abrían, debajo de las aspas de un ventilador o de un aparato de ventilación, en un espacio propio de una celda, este Laiseca deleitaba con su relato adornado con su inefable figura mientras fumaba constantemente. En ese programa salió deudas con sus adoradas influencias literarias: Poe, Lovecraft, Stephen King, Horacio Quiroga, entre otros, llegarán al público masivo y lo volveron mastova. El de Laiseca tendría un bonus track en 2009 al participar en la película "El artista", de Cohn y Duprat, junto a León Ferrari, Horacio González y Fogwill.

Quedan otros Laiseca. El docente que firmó una generación de ensayos, que lo volveraron el Conde Lai, y que han colaborado para que su nombre no sea olvidado una vez que sus problemas de motricidad le impidieron seguir estando activo.

Está el Laiseca mito, el escritor algo malhumorado, capricho-

so, con los libros de su biblioteca forrados y numerados para evitar mangazos. El de la palabra justa y necesaria a la hora de juzgar lo que escribían otros. El fumador y bebedor empedernido.

Por últimos están sus lectores, Laisecas también. Laisequitas, empujados siempre, o casi siempre, por una escritura tenaz, de una imaginación asombrosa, que Laiseca utilizaba para envolverte y no dejarte escapar, incluso para sus propósitos más caprichosos: si deseaba hablar de Egipto, una de sus pasiones, simplemente hacía que un personaje viajara a Egipto, tuviera que ver con la novela o no, y ya estaba, durante cien páginas el tema era Egipto. Así con otras manías suyas, como el cine snuff, la antropofagia, la magia, la astrología, el esoterismo.

Laiseca, siempre Laiseca. Los Laisecas. Alberto Laiseca murió el 22 de diciembre, a los 75 años, en el Hospital Británico. Fue velado en la Biblioteca Nacional. Algo solemne para él. Quizá, de haber podido elegir, le hubiera gustado descansar, que lo velaran en el Conde Lai, y que han colaborado para que su nombre no sea olvidado una vez que sus problemas de motricidad le impidieron seguir estando activo.

Está el Laiseca mito, el escritor algo malhumorado, capricho-

A cincuenta años de su muerte, la Biblioteca Nacional sale al rescate de la vocación iconoclasta de Oliverio Girondo a partir de un recorrido que abarca dibujos, ilustraciones y una cultura gigante con la que el escritor promovió el lanzamiento de su obra *Espariñatjarios* en 1932. "No tengo, ni deseo tener, sangre de estatua. Yo no pretendo sufrir la humillación de los gorriones. Yo no aspiro a que me babean

la tumba de lugares comunes, ya que lo único realmente interesante es el mecanismo de sentir y pensar. ¡Prueba de existencia!", escribió Girondo en el inicio de sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*. La muestra se puede ver en lo que resta de diciembre y a partir de febrero hasta mediados de marzo, de lunes a viernes de 9 a 21, y sábados y domingos de 12 a 19 en la sala Leopoldo Lugones.



JUEVES 29 DE DICIEMBRE DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Las culturas milenarias de Laiseca



→ JUAN PABLO BERTAZZA

Las rescrituras de las culturas egipcia y china fueron dos puntos de partida para la construcción de una obra que quedará como una rareza dentro del canon de la literatura argentina.

Dice un proverbio árabe que el Universo solo teme al tiempo y el tiempo solo teme a las pirámides. Y, por supuesto, la más importante y célebre entre todas las pirámides es, sin lugar a dudas, la gran pirámide de Giza mandada a construir por el faraón Keops hacia el año 2550 AC y que alcanzaba, originalmente, cerca de 147 metros de altura.

Compuesta de alrededor de 2.300.000 bloques de piedra, su método de construcción sigue siendo aún hoy un enigma, y es además la única sobreviviente de las siete maravillas de la antigüedad, un documento confeccionado en el Renacimiento que pasaba lista a aquellos lugares que valía la pena visitar antes de morir y entre los que se encontraban también el faro de Alejandría, el Coloso de Rodas y los Jardines colgantes de Babilonia. Todas esas obras que, memorizadas por un ego megalómano, se quedaron desafiando al tiempo, y que solo lograría la pirámide de Keops.

Fanzinado desde su más tierna edad por la historia y la mitología egipcia, Alberto Laiseca extrajo de una anécdota del historiador griego Heródoto lo que sería

la base de *La hija de Keops*: según el padre de la Historia, con el objetivo de alcanzar la exantosa cifra necesaria para erigir ese incommensurable monumento personal que lo pondría a resguardo incluso de la muerte —y del olvido—, el faraón había decidido proseguir a su propia hija.

La hija de Keops, publicada originalmente en 1989 y reeditada en 2007 por Tusquets, es un ejemplo perfecto de fertilidad literaria, de cómo una o varias ideas pueden bozar de un plumazo, primero, y reescribir, después, culturas milenarias tan plagadas de textos, signos, jeroglíficos y sentidos como la egipcia. De hecho, más que los incestos, la traición de los dioses, los quilombos familiares y su voracidad por la carne de jabalí, Laiseca ubica una de las claves de su novela en la rotunda preferencia de los egipcios por la cerveza.

Una idea similar había puesto en práctica Alberto Laiseca ya dos años antes, con la publicación de

Poemas chinos, el que sería su extraordinario único libro de poesía: una antología apócrifa preparada por un tal La Tis Chí de exquisitos versos escritos por distintos falsos poetas de cada una de las (erróneas) dinastías. Por supuesto, lo que terminaba de dar gracia —y, por ende, sentido a ese maravilloso libro que, de lo contrario, hubiera caído en un mero gesto posmoderno— es la calidad de los poemas compuestos por el propio Laiseca. Algunos de los múltiples ejemplos posibles son "Pequeño gorrion" ("Mi amada no conoce jaulas/ va y vuelve cuando se le ocurre/ No te cantaré/ cuando te hayas ido/ pequeño gorrion salvaje. Te canto ahora que me amas"), firmado por Shen Chin de la dinastía Wei y "La gran Muralla" ("No es su costumbre/ pero la garza amarilla desplegó sus alas/ e inició anoche un vuelo nocturno. No es frecuente en China/ pero a veces ocurre que alguien desarma la Gran Muralla/ para que el co-

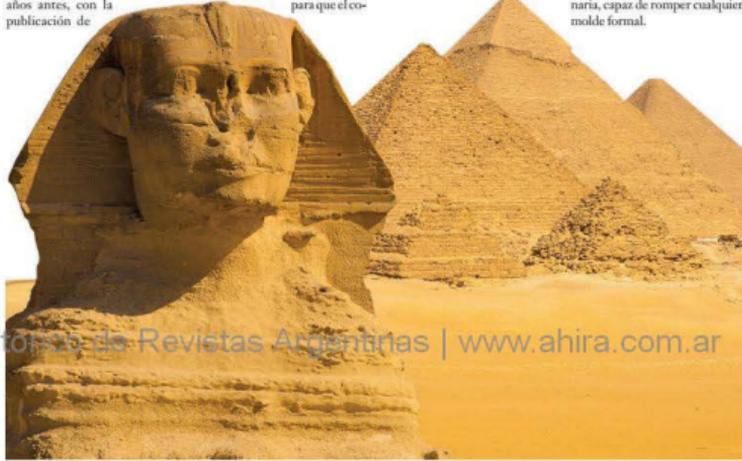
razón quede expuesto/ y pueda volver a amar"), firmado, a su vez, por Yuan Ho de la dinastía Han.

Es probable que esa apuesta por la creación absoluta, que rescribe dos culturas milenarias y tan conocidas a nivel universal como la egipcia y la china, tenga que ver con eso que el mismo definió, a la hora de diseccionar su propia estética, como "realismo delirante". "La realidad no me interesa, lo mío es realismo delirante, ni delirio, ni realismo. Son las dos cosas juntas, porque el delirio potencia la realidad y la realidad potencia el delirio".

Podría pensarse, sin embargo, que ese creacionismo al palo, ese extremismo de la creación literaria trasciende cualquier clasificación estética o de género y participa —o debería participar al menos— de los propios límites de la ficción literaria, es decir, de lo que es o no la literatura. Por supuesto a esas dos pirámides men-

cionadas, Laiseca agregaría —o terminaría de agregar— en 2005 la más majestuosa o, al menos, la más visible: *Los Sierres*, un verdadero coloso de 1.300 páginas que está considerada la novela más larga de la historia de la literatura argentina, que según Piglia es la novela argentina más importante después de las de Roberto Arlt y que le servía de chiste al propio Laiseca para decir que su criatura era más grande que el *Ulises* de Joyce porque, en efecto, la supera por 30.000 palabras.

Emparentado con autores como Fogwill o Dalmiro Sáenz (otro de los escritores que murieron durante este 2016) por eso de cimentar su fama en el extrarradio literario, en este caso, gracias, por ejemplo, al ciclo *Cuentos de terror* emitido por I-Sat, Alberto Laiseca también supo cómo pararse de manos en el más estricto campo literario con una arrolladora potencia literaria capaz de reescribir cualquier cultura milenaria, capaz de romper cualquier molde formal.



LEER
CON NIÑOS

En el delicioso libro de Santiago Alba Rico *Leer con niños* el autor señala con justicia que para poder ejercer esa práctica se necesitan por lo menos tres cosas: tiempo, libros y niños, y agrega que tener las tres cosas es un lujo que hay que honrar. En esa escena pensaron los editores de UnaLuna que, en la colección "Primeras Lecturas",

proponen una serie de libros en gran formato, con excelentes ilustraciones e impresos en cartón. En las páginas sólo vemos las imágenes y en la contratapa una solapa reutilizable que permite leer el texto todo junto desde detrás del ejemplar. En este original formato se encuentran versiones de traducidas de algunos clásicos como

El patito feo, *Caperucita* y *Los tres cerditos* y relatos de autores argentinos como Escalera peligrosa, de Fernando de Vedia, que con las ilustraciones Poly Bernatene componen un libro abundante de personajes de los cuentos maravillosos se mezclan a manera de videojuego en el diálogo cotidiano de un nene y su mamá.



CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

Perdurar en la memoria

Desde sus primeras "salidas a la imaginación" y el recorrido por diversos oficios, hasta llegar a la escritura del libro considerado nuestro "Ulises", un recorrido por la vida del escritor Alberto Laiseca.



Le decían el Conde Lai y acaso, tal como un siglo antes sucediera con H.P. Lovecraft, también tuvo la fantasía de nacer en algún rincón de Gran Bretaña, a mediados del siglo XVII. Rhode Island fue el sitio de Estados Unidos de América donde, en 1890, nació Lovecraft. Medio siglo después, en Rosario, Santa Fe, nació Alberto Laiseca. Los padres de Lovecraft no se mudaron de Rhode Island, los de Laiseca decidieron trasladarse a un pueblito situado en el suroeste de la provincia de Córdoba, a 160 kilómetros de Santa Fe. Camilo Aldao se llamaba ese caserío que apenas superaba los tres mil habitantes. Ahí, revelaría Laiseca: "fui un niño soviético, sometido a la dictadura paterna. Mi única salida era la imaginación. Me escapaba todas las noches para ir a lo de unas viejitas vecinas que contaban historias espantosas. Según ellas no eran invenciones: 'Esto es todo verdadero', decían. La Luz Mala, el Chupador de Sangre, el Cangrejo de Catorce Patas. (...) Papá me había prohibido terminantemente estas salidas, porque decía que después yo no podía dormir. Tenía razón. Pero este era el precio que había que pagar. Podríamos considerar al susto como el indispensable tratamiento de shock que te ayuda para que empieces a imaginar." Gracias a esas salidas nocturnas, que su padre le prohibía, Laiseca comenzó a cimentar historias en donde el delirio y el

horror iban armoniosamente de la mano.

Si bien aquellas viejitas narradoras de historias fueron el lumen de los cuentos y de las novelas que años más tarde escribiría Laiseca, un día dejó de recorrer las calles de Camilo Aldao y se marchó del pueblo. Podríamos decir, repitiendo la consabida frase de tantas biografías, que a partir de entonces y sin abandonar la pasión por la escritura, "desempeñó los más variados oficios": cosechero en diversas provincias y peón de limpieza en la Capital Federal; gracias a sus casi dos metros de altura y a su habilidad para preparar postes, fue conchabado en Intel, hasta que, por fin, consiguió un trabajo que de alguna manera lo vinculaba con su vocación: corrector de pruebas de galeras en el diario *La Razón*. En 1976 publicó su primer libro: *Su turno para morir*, una novela que parodiaba al policial negro y marcaba la línea de lo que iba a ser específicamente el género delirante y, por el mismo cruce, bautizó y definió como "la más alta expresión del romanticismo".

A partir de entonces publicó un libro de poemas, tres libros que podríamos llamar de "ensayos", tres libros de cuentos y doce novelas, una de ellas, *Los Sorias*, se convirtió en auténtico hito en la narrativa argentina. Según señalara Ricardo Piglia en el prólogo: "Por su estilo, Laiseca zafó de las convenciones de la alta cultura (es decir, del falso arte) y se conecta con los modos y las formas y las jergas del folletín popular y de la cultura de masas. Con su mitología de la magia negra y de la paranoia técnica, con sus resonancias wagnerianas y sus creencias ocultas, *Los Sorias* es un gran libro incógnito, un gran libro sobre la fascinación del conocimiento y los estados de conciencia." "Ea, además, la novela más extensa de nuestra literatura: el propio Laiseca se jactaba de haber superado, en 30.000 palabras, al *Ulises* de Joyce.

Rompió los moldes y el personalmente, era tan delirante como lo propiamente surrealista. Su lenguaje naturalidad con que hacía verdosmillos los desatinos reunidos en *Los Sorias*, contaba cuentos de terror en el canal *J-Sat*. Había que verlo y oírlo: con gestos de ultratumba y voz de trueno, evocaba viejos relatos de crímenes y mis-

terio. Su recreación de vampiros, hombres-lobo y Frankenstein nos remontaba a nuestros miedos de la infancia.

Hace unos años, un importante laboratorio, del que he olvidado su nombre, nos convocó a Sylvia Iparraguirre, a Alberto Laiseca y a mí para que fuéramos jurado de un concurso de cuentos. La tarde en que nos reunimos para determinar los ganadores, Laiseca dijo que había leído todos los originales, de punta a punta, y ante nuestro asombro, agregó: "si una persona se tomó el trabajo no solo de escribir un cuento sino también de mandarlo; tiene su esperanza puesta ahí. Yo no puedo mirar dos o tres páginas y decir si queda afuera o adentro". Esa generosidad y ese rigor también nos ponía en práctica en sus talleres de narrativa. Leonardo Oyola fue uno de sus alumnos y así lo recordó: "Lai te muestra en carne propia qué tenés que hacer y qué no (...) Como maestro, lo voy a definir como un hombre que es el Colombaro de Peter Falk (a Laiseca le encantaría que lo comparen con él) a fuego lento, hasta

hacerle estallar. Ha sacado diversidad de voces en su taller y se enorgullece de que ninguno de nosotros seamos clones suyos; más bien que hagamos cada uno nuestros propios caminos".

En esos mismos talleres no se cansaba de repetir: "una obra tiene la extensión que tiene que tener, uno debería escribir hasta que el texto le dijera donde terminar". Solía proyectar las consignas literarias en su propia vida. Hace unos días había entendido que era tiempo de terminar: ese hombre irrespetuoso, de casi dos metros de altura, estaba reducido a una silla de ruedas, no le permitían fumar los Imparciales que tanto quería, sus dos perros Kendo y Kazi y su gata Greta ya habían muerto, solo se contentaba narrándonos historias de horror a los vecinos de cama del geriátrico en donde lo habían confinado. Decía: "Quiero ser traducido al inglés para perdurar, porque aunque no es garantía de nada, es una esperanza. Más que le egiardae memoria de mí". Murió sin cumplimentar esa fantasía, pero ha dejado una obra tan rica y contundente como Alberto Laiseca, el irreverente Conde Lai, perdurará en la memoria de todos, más allá de las traducciones.